



El impacto del cuidado en el trabajo

–

Datos y reflexiones

El impacto del cuidado en el trabajo

Las tareas de cuidado son de importancia fundamental en el funcionamiento no solo familiar, sino social, ya que garantizan la subsistencia de los seres humanos, aportando al engranaje económico y social. Sin embargo, en nuestra cultura, las responsabilidades del cuidado son parte del *trabajo no remunerado* y recaen principalmente sobre las mujeres. Esta división sexual del cuidado es un factor de desigualdad estructural. A continuación analizaremos algunos de sus impactos en las trayectorias laborales de las mujeres. Además de recaer principalmente sobre las mujeres, el cuidado tiene una baja valoración social y económica, lo que acentúa la brecha de autonomía económica, afectando también a quienes trabajan de forma remunerada en este ámbito, de nuevo, mayoritariamente mujeres.

En las áreas urbanas del país el 83,4% de las mujeres que son madres, realizan tareas de cuidado en el hogar. Mientras que solo el 12,9% de quienes son padres lo hacen (ENES, 2015)¹. En promedio, las mujeres dedican por día 2.2hs más que los varones al cuidado de niños/as y personas mayores². Por otra parte, la población económicamente activa (PEA), es decir, personas que trabajan o que buscan trabajo, muestra una diferencia de 20 puntos porcentuales entre mujeres y varones: solamente el 49,1% de ellas están en el mercado de trabajo, versus un 69,5% de los varones. Combinando los datos acerca del cuidado y acerca del trabajo, podemos decir que casi la totalidad de las mujeres que trabaja, también realiza tareas de cuidado. Es decir que las mujeres trabajamos y cuidamos, mientras que los varones no están asumiendo este segundo tipo de responsabilidades. La división tradicional entre mujer que se dedica al cuidado y al hogar y varón que sale a trabajar está cambiando: en Argentina, el mayor crecimiento lo presentan hogares monoparentales liderados por mujeres. Sin embargo, este cambio se está dando en mayor medida en la esfera productiva pero no en el cuidado, generando muchas veces una doble jornada laboral para las mujeres.

La imposibilidad de distribuir las tareas de cuidado de forma más pareja entre varones y mujeres obstaculiza en ocasiones la capacidad de generar recursos propios por parte de las mujeres, sobre todo dependiendo de la cantidad y edades de niños/as y personas dependientes en el hogar y de las posibilidades o no de derivar el cuidado en otros, sean instituciones públicas o privadas. Por otro lado, también impacta en otras variables, claves para acceder al empleo, como por ejemplo el nivel educativo, calificaciones, trayectorias

¹ Los datos que utilizamos para este informe son de la Encuesta Nacional de Estructura Social del año 2015. En este sentido, nos parece importante enfatizar en la importancia de tener datos actualizados sobre el uso del tiempo y la dedicación a tareas de cuidado, nivel de ocupación, educativo, etc. Datos actualizados sirven para visibilizar esta problemática.

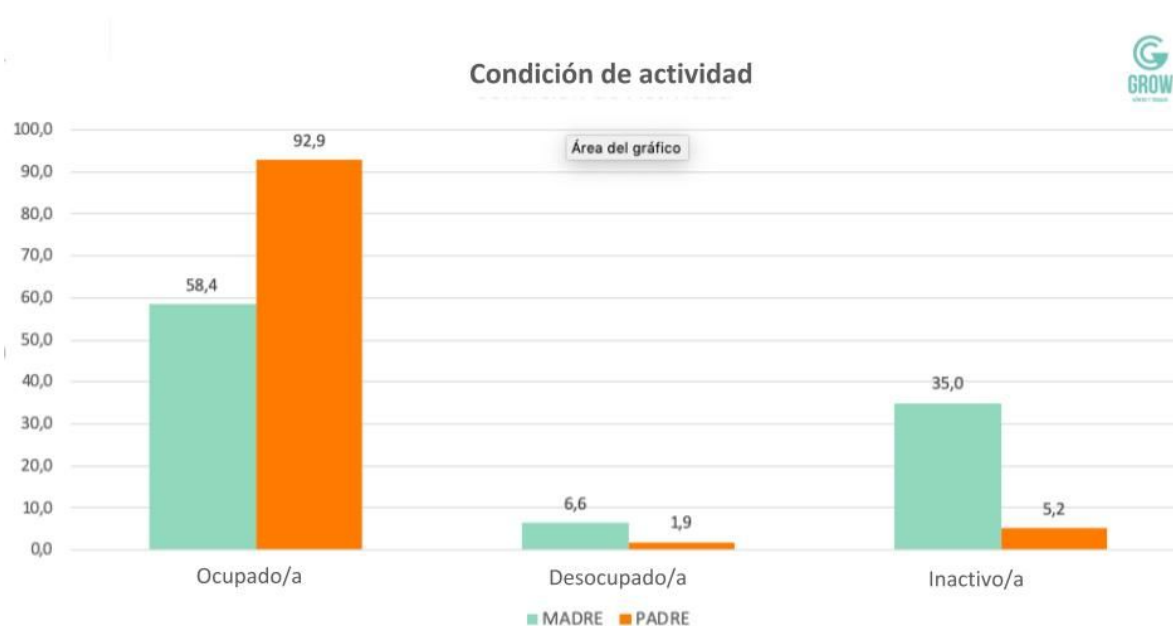
² INDEC, EAHU, 3er trimestre 2013

previas. Como veremos a continuación, estas también están atravesadas por la variable de género.

Condición de actividad en relación al nivel de instrucción

Los varones mayores de 18 años que son padres tienen una mayor tasa de ocupación que las mujeres mayores de 18 años que son madres, con una diferencia de 34,5 puntos porcentuales. En los varones-padres esta alcanza el 92,9%, mientras que en las mujeres-madres el 58,4%. A la inversa, las mujeres son quienes enfrentan mayores tasas de desocupación (6,6%) y de inactividad (35%)³.

Gráfico 1: Condición de actividad



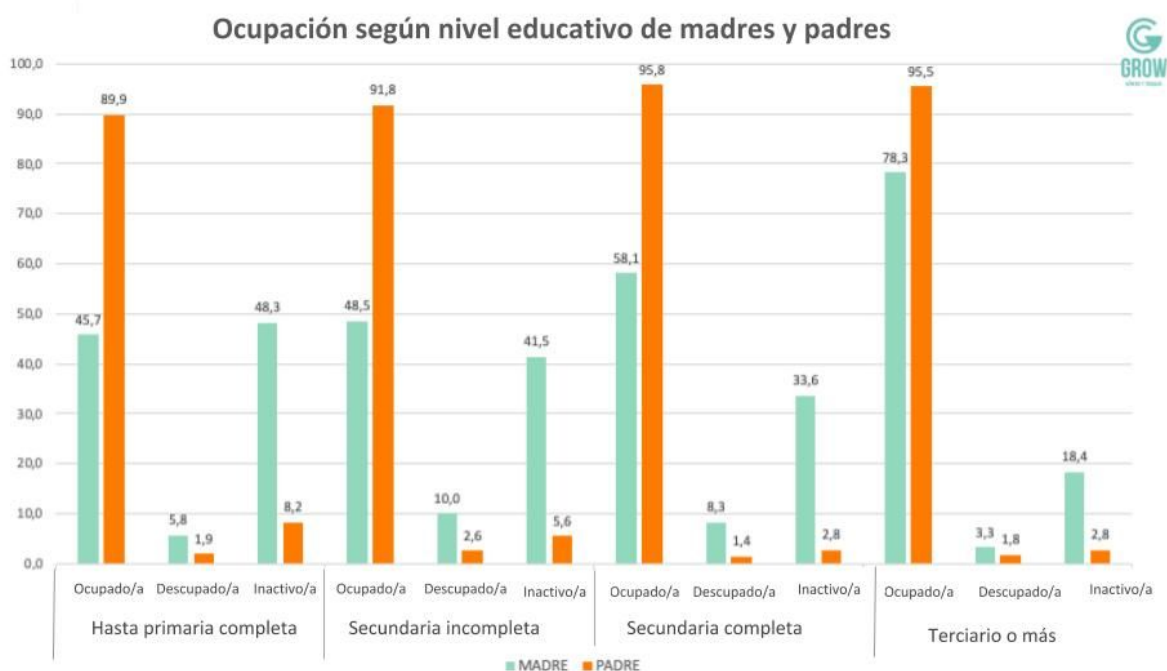
Fuente: Elaboración propia. Encuesta Nacional sobre Estructura Social (ENES) - Proyecto PISAC - Universidades Nacionales y Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2015.

Al determinar el por qué de estos números, las credenciales educativas toman particular importancia a la hora de analizar la composición de género de la Población Económicamente Activa (PEA), siempre en relación con el cuidado. En el caso de los padres, el alto nivel de ocupación es independiente del nivel educativo, ya que en todos los niveles está cercano o supera el 90%. Por el contrario, entre las madres sí puede apreciarse una mayor relación entre el nivel educativo alcanzado y el nivel de ocupación: las mujeres que tienen hasta primaria completa, tienen un 45% de ocupación, mientras quienes tienen terciario o más el nivel de ocupación alcanza el 78%.

³ ENES, 2015

En todos los niveles educativos, los niveles de desocupación son más altos entre las mujeres que entre los varones. Y la diferencia más significativa se da en los niveles de inactividad, el cual no solo es más alto en las mujeres en general, sino que aumenta considerablemente entre quienes cuentan con menos estudios. Esto es así porque, además de ser una experiencia generizada, el cuidado está atravesado por el nivel socioeconómico, pudiendo tercerizar estas tareas las personas que tienen mayores ingresos, lo cual está estrechamente relacionado al nivel educativo.

Gráfico 2: Ocupación según nivel educativo de madres y padres



Fuente: Elaboración propia. Encuesta Nacional sobre Estructura Social (ENES) - Proyecto PISAC - Universidades Nacionales y Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2015.

Los datos nos muestran que el impacto de la terminalidad educativa es más importante en las mujeres que en los varones a la hora de conseguir un trabajo, ya que ellos mantienen un nivel de ocupación estable independiente del nivel educativo, mientras que en las mujeres el nivel de ocupación aumenta significativamente a mayor nivel educativo. También podemos ver que el impacto de la desocupación es más fuerte en las mujeres, en todos los niveles, lo cual las hace más proclives a caer en situaciones de pobreza, vulneración de derechos y peores condiciones de vida.

Si bien no es la única explicación, los índices de ocupación e inactividad, no pueden leerse desligados de la carga de cuidados y tareas domésticas que recaen principalmente sobre las mujeres y que muchas veces significan obstáculos para conseguir o sostener un empleo, o implica pagar a otras mujeres que garanticen esos cuidados para poder trabajar. Lo mismo sucede con el nivel educativo alcanzado: si bien es un problema complejo que no tiene una

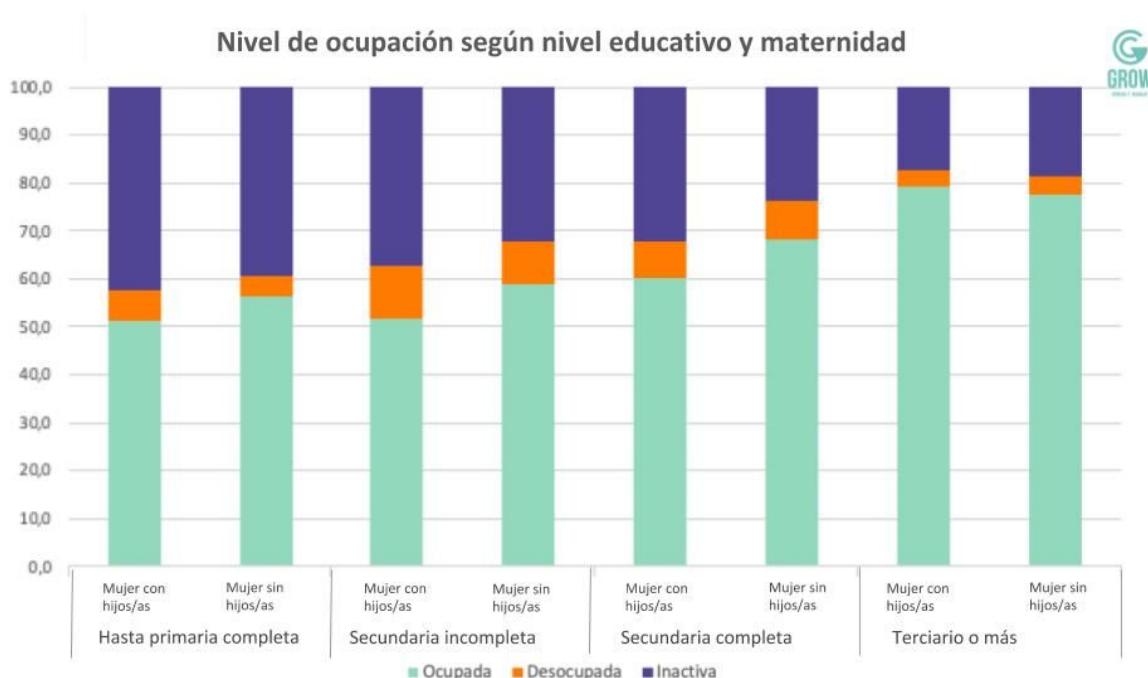
única causa, las tareas de cuidado significan muchas veces una barrera para la terminalidad, sobre todo del nivel secundario y superior.

Comparación entre mujeres con y sin hijos/as.

Entre las mujeres de entre 22 y 59 años, el nivel educativo tiene aún más impacto en la ocupación y desocupación, que el hecho de ser o no madres. Como se mostró en el apartado anterior, el nivel de ocupación aumenta a medida que aumenta el nivel educativo de la mujer, y lo hace independientemente de que esta tenga o no hijos/as.

Aunque la diferencia no sea significativa, también vemos que esta brecha, es aún menor en las mujeres con alto nivel de formación: la diferencia es de 4 puntos porcentuales entre las mujeres ocupadas con primaria completa, de 8 puntos porcentuales entre quienes tienen secundaria completa o incompleta y disminuye a 2 puntos entre quienes tienen terciario o más.

Gráfico 3: Nivel de ocupación según nivel educativo y maternidad



Fuente: Elaboración propia. Encuesta Nacional sobre Estructura Social (ENES) - Proyecto PISAC - Universidades Nacionales y Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2015.

Un dato significativo está entre quienes se mantienen inactivas, porcentaje que es considerablemente más alto entre quienes tienen menores niveles educativos y que disminuye progresivamente a medida que aumenta el nivel de educación, sin variar significativamente según tengan o no hijos/as (42/39% entre quienes tienen primario completo, 37/32% secundario incompleto, 32/23% secundario completo y 17/18% entre

quienes tienen terciario y más). Es decir, que al igual que sucede con el nivel de ocupación, el nivel educativo tienen un mayor impacto en la tasa de inactividad que el hecho de ser madres o no. Podemos decir que a menor nivel educativo es mayor el costo de salir a trabajar que quedarse en la casa, dado que las tasas de ocupación e inactividad son relativamente parejas (menos de 10 puntos porcentuales).

A pesar de que no se vea una diferencia importante entre estos dos grupos de mujeres en los niveles de empleo, el impacto de las tareas domésticas se debe considerar de todos modos por distintos motivos. Por un lado, las tareas domésticas implican también tareas de limpieza y cuidados no necesariamente de niños/as, sino también de adultos mayores o personas discapacitadas. Por otro lado porque estas tareas las mujeres las realizan independientemente de que hayan ingresado o no al mercado laboral. El mayor nivel educativo y ocupacional de las mujeres, no hace que esas tareas desaparezcan o no sean realizadas por mujeres, sino que hay más probabilidades que sean delegadas en otras mujeres.

Conclusión

A pesar de los progresivos cambios sociales en materia de género que impulsan los movimientos LGBTIQ+ y de mujeres, los estereotipos en relación al cuidado y a los roles de género mantienen su vigencia. Las mujeres, independientemente de su inserción en el mercado laboral, siguen garantizando las tareas domésticas y de cuidados. Los varones, en gran medida, siguen sin asumir estas tareas como propias. Los espacios laborales, generalmente, no reconocen esta desigualdad y no contribuyen a su superación.

Por este motivo es importante avanzar en un **sistema integral de cuidados**, que permita a las mujeres decidir libremente el uso de su tiempo y cuánto de este desean destinar al cuidado, al trabajo remunerado o al tiempo libre y la recreación.

Este sistema integral de cuidados debe apoyarse en tres pilares esenciales para cambiar esta situación: el derecho (y por lo tanto el Estado como garante de este) a ser cuidados/as de niños/as, personas con discapacidad y personas mayores que lo requieran; la revalorización de las personas que realizan tareas de cuidado tanto remuneradas como no remuneradas; el objetivo de modificar la división sexual del trabajo, concientizando acerca de la corresponsabilidad en el cuidado. Por último, un cambio de paradigma en el cuidado implica también dejar de pensarlo en términos binarios de mujeres/varones. Además de reconocer la diversidad de identidades de género que realizan tareas de cuidados, superar esta división binaria será provechoso para mujeres y varones. Pensar en términos de cuidadores/as primarios y secundarios/as también permitirá que las responsabilidades no sean fijas e inmutables: una distribución igualitaria del cuidado que sea acorde a las necesidades y

deseos de las personas en los distintos momentos de su vida es una mejor calidad de vida para todos/as.

Mientras este sistema integral de cuidados no exista, los espacios de trabajo pueden hacer su parte para comenzar el cambio cultural hacia una división más justa del cuidado. Por ejemplo, promover políticas que permitan e impulsen a los varones a tomar más responsabilidades en estas tareas (flexibilidad horaria, mayores licencias, eliminar trabas en la promoción jerárquica, evitar el sancionamiento “moral” a varones que eligen hacerlo, etc.). Es responsabilidad de todos y todas promover los cambios necesarios para que además de políticas, cambiemos como sociedad la manera en que pensamos el cuidado.